

José G. Moreno de Alba

Un maestro sereno y generoso

Fernando Serrano Migallón

La triste pérdida del filólogo José Moreno de Alba ha concitado el recuerdo cariñoso de numerosos integrantes de la comunidad letrada en México. Fernando Serrano Migallón hace una breve semblanza, teñida por la melancolía y el agradecimiento, del estudioso que supo divulgar los aspectos lúdicos del análisis lingüístico, dejando una herencia intelectual de primer orden.

Los jasid, grupo místico del judaísmo, dicen que a Dios se llega por la alegría, por la pasión, que hasta las desgracias más acres lo son menos si se baila y se canta, que nadie debe sentir tanto pesar por sus pecados que no pueda experimentar el gozo del perdón. Hace unos años al reflexionar sobre la felicidad, Fernando Savater señalaba que aspirar a la felicidad es una cosa que se nos escapa y que la alternativa del hombre es buscar la alegría.

Si la dimensión de una persona se mide por las pasiones y el disfrute a que se entrega, es decir, por su capacidad de estar alegre y compartir esa alegría con los otros, habremos perdido con la muerte de José Moreno de Alba a un hombre de talla singular. El filólogo, el profesor, el académico fue una persona jovial y fraterna, en que la inteligencia no estaba reñida con la bondad.

Su capacidad para comprometerse y disfrutar —vivir, en suma— nuestro idioma le otorga a esa grandeza

un aspecto singular. Dedicado, cuidó nuestro idioma como se cuida a alguien que se ama, con entrega y con gratitud, con lucidez. Incluso en momentos de gran seriedad la sonrisa le franqueaba la admiración de sus alumnos y lectores.

Llevó sus estudios de filología y lingüística a un enorme grado de especialización y, sin embargo, nunca hizo uso de esa especialización para encerrarse en una torre amurallada y volverse incomprensible para los demás; al contrario, buscó siempre ser claro y conciso.

Su interés por las manifestaciones dialectales de nuestro idioma lo llevaron a ocuparse de lo que, en un libro ya clásico de los estudios lingüísticos, llamó *Minucias del lenguaje*.

Ocupó, muy joven, antes de cumplir los cuarenta años, un sitio en la Academia Mexicana de la Lengua y fue, de 2003 a 2011, su director. También lo fue, du-

rante ocho años —de 1991 a 1999—, de la Biblioteca Nacional de México. Pensó tal vez entonces, como Borges, que una de las formas del paraíso es ésta: una biblioteca infinita donde estén todos los libros, los escritos y los que aún no se escriben.

Los libros fueron su refugio y su ámbito. Pienso, ahora que se ha marchado, en la enorme necesidad que nuestro país tiene de hombres como él.

Constantes en la serenidad tranquila del trabajo, imaginativa y comprometida, hombres que aman lo que hacen y que hacen de su tarea su vida. Lector incansable y enorme conversador, persona brillante que opuso a la violencia de nuestro tiempo la sonrisa del conocedor.

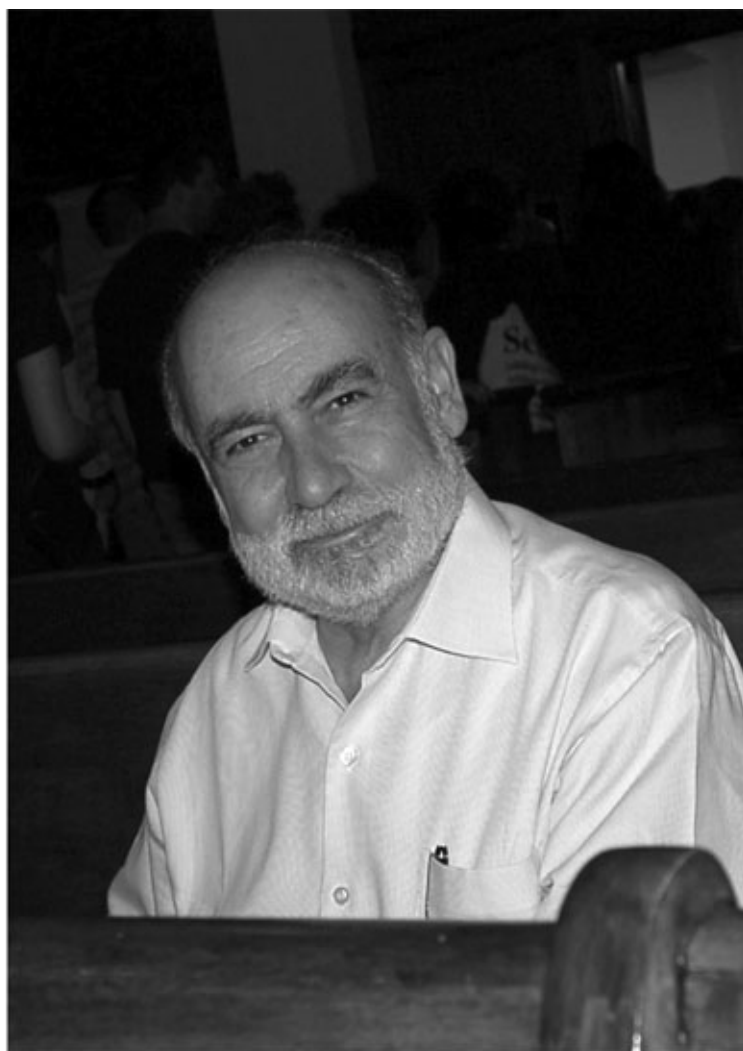
Y conocía mucho y de muchas cosas, por haberlo vivido y por haberlo leído; el presente no lo llenaba de pasmo y temor, sino de reminiscencias de otros momentos, otras regiones, otros pasados. Y es que esa capacidad de gozo de la que hablé al principio le otorgaba una serenidad envidiable para afrontar el presente.

Universitario de toda la vida y en todo momento, vivió su pasión universitaria con la misma intensidad con la que vivió el idioma, a plenitud y con generosidad. Quienes lo conocieron en persona se dieron cuenta de que estaban ante un universitario que no le escatimó jamás un instante a su Casa y en la que se supo sentir en su propio hogar.

La Academia Mexicana de la Lengua tuvo, durante su gestión, una activa participación en el *Diccionario panhispánico de dudas*, en la *Nueva gramática de la lengua española*. Las tareas de coordinación con otras academias dieron un renovado impulso a nuestra institución, que siempre corre el riesgo de estar ajena al mundo. Moreno de Alba quiso viva a su Academia y contribuyó todo el tiempo a demostrar su vitalidad.

México y su lengua fueron su centro de gravedad, el lugar sobre el que su vocación y pensamiento ejercieron lo mejor de sí, y su labor fue reconocida entre nosotros: recibió el Premio Universidad Nacional en investigación en humanidades otorgado por la UNAM en 2003 y el Nacional de Ciencias y Artes en el área de lingüística y literatura en 2008 y, allende nuestras fronteras, la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio otorgada por España en 1999.

Diré que en lo particular llevo conmigo una enorme gratitud para con el amigo y el universitario, con el académico y el compañero intelectual. Fue un hombre con palabra generosa, siempre con un aliciente y un abrazo. A su partida, el vacío que deja, insalvable como el que deja cualquier ser humano, podrá sin embargo ser colmado con el recuerdo de sus virtudes, de su trabajo firme y desinteresado, con la lectura de sus libros e investigaciones. Tal vez así lo extrañaremos menos. **U**



José G. Moreno de Alba en una foto de Cecilia Gutiérrez